

Editorial

TOMAS ESTRADA PALMA

LA fecha de hoy es una fecha triste. Representa la caída de un grande hombre, porque las virtudes cívicas que le adornaron en vida han hecho de su recuerdo símbolo de un pretérito que se nos antoja, a medida que los años pasan, semejante al que evocara en sus estrofas impregnadas de amargas reflexiones Jorge Manrique.

Tomás Estrada Palma, Presidente de la República en armas el 29 de Marzo de 1876 y de la República de Cuba, admitida en el concierto de los pueblos soberanos del mundo, el 20 de Mayo de 1902, pasó por la vida gallardamente como un soñador enamorado de un ideal. Y era su ideal hacer una Patria sosegada y feliz; como un hogar próspero para todos, libre de trabas onerosas y de dispendios extravagantes. Por eso el epitafio mejor es el que la voz pública ha colocado en la conciencia de sus concludadanos: "fué un buen cubano".

Y así lo acreditó a lo largo de su vida pródiga en servicios eminentes a la tierra en que naciera. En Bayamo, su ciudad natal, dió Tomás Estrada Palma las primeras pruebas de la rectitud y probidad que habían de ser los postulados inmutables de su actuación política. Regidor de aquel Ayuntamiento y modesto funcionario rural en el barrio Guano de dicho municipio cobró justa y merecida fama entre sus convecinos; una fama que contrastaba con la impudicia y el peculado, norma de los administradores y empleados públicos de una época que ya marcaba el inicio de las rebeldías en la aherrojada colonia.

Sin compartir la impaciencia de los cubanos que predicaban la necesidad inmediata de la protesta armada se unió al movimiento insurreccional de Carlos Manuel de Céspedes y puso sus dotes de organizador y civilista al servicio de la Revolución en calidad de miembro del Poder Legislativo de la República en armas y como ministro en el Gabinete de la incipiente nacionalidad.

Enérgico sin estridencias, firme en sus concepciones y penetrado de la autoridad que ejercía, su influencia en el Gobierno del Presidente Spotorno fué decisiva y dió a la gestión civil de las autoridades republicanas una modalidad que las enaltecía subordinando a ellas las impetuosidades de los jefes militares y dando la sensación de que la maquinaria gubernamental de la nación en armas no era comparsa de hombres civiles a retaguardia de las tropas que con el filo de los machetes abrían en las masas enemigas el camino de Cuba Libre. De ahí su valerosa y cívica actitud en la desgraciada jornada de las Lagunas de Varona, de ahí su repulsa a las insubordinaciones del General Vicente García.

2

Delimitar los campos y encauzar contra el enemigo las energías del soldado haciéndolo respetuoso de la civilidad y obediente a las directrices que trazara el Gobierno fué el pensamiento de Estrada Palma en los días azarosos de la lucha armada y para ello se enfrenta cara a cara con los problemas y demuestra siempre un valor sereno, el valor consciente de la función y de las responsabilidades que confronta, ese valor que le hace exclamar cuando cae prisionero de las tropas españolas: ¡soy el Presidente de la República de Cuba! Sufrió entonces vejaciones y martirios, supo de mazmorras y de prisiones hasta que el paréntesis del Zanjón le arroja al exilio donde reconstruye su vida destrozada en la acogedora hospitalidad que al patricio ofreció la hermana Honduras.

Antes de la clarinada de Baire ya vemos a Estrada Palma laborando con José Martí en el seno del Partido Revolucionario Cubano y luego, en los días de la última guerra, actuando como incansable comisionado en los Estados Unidos.

Al inaugurarse la República, rotas ya las cadenas que ataban a Cuba a la metrópoli lejana, Tomás Estrada Palma recibe en Gibara las clamorosas ovaciones de un pueblo que iniciaba el disfrute de la independencia política con las limitaciones y los peligros que las realidades imponían.

Su gestión al frente de los destinos de la Cuba republicana de principios de siglo se encamina rectamente a la consecución de la otra independencia, que era menester conquistar, no a tiros en el campo de batalla, sino por medio de una administración casi patriarcal como convenía a una nación modesta que surgía cargada de deudas de gratitud al extranjero y también de obligaciones en dinero que hubiera sido sabio saldar a tiempo.

Por eso la sencillez del gobernante era digno marco a sus esfuerzos patrióticos y la austeridad de su conducta la mejor garantía de su honradez en el manejo de los fondos públicos. Logrado el ideal de independencia estimó con clara visión de porvenir que el problema de Cuba era educacional y encerró su programa de gobierno en la frase que el tiempo ha hecho lapidaria: "más maestros que soldados."

Errores tuvo, pero errores inspirados en lo que creyera de buena fe, consejos sanos de amigos y colaboradores. Su caída, que precedió al primer eclipse de la República, fué castigo demasiado severo a equivocaciones hijas de lo que era afán de servir mejor los intereses nacionales.

El 4 de Noviembre de 1908 rindió el gran ciudadano su tributo a la tierra en la ciudad de Santiago de Cuba, capital de la región donde germinaron las ansias de emancipación cubanas. Hoy, que se cumplen 26 años de su desaparición meditemos los cubanos de ahora sobre aquella obra trunca y hagamos el cotejo entre el panorama actual y los ideales sustentados por Tomás Estrada Palma.

*El Mundo -
Nov. 4/34*

